

## Capítulo 3

# En manos de la Moira fatal

**M**e despertó una bofetada, en pleno rostro. Abrí los ojos con esfuerzo sin saber muy bien dónde estaba. Lo primero que vi fue uno de los tapices de las paredes que, moviéndose frenéticamente, me daba en la cara. Soplaban un fuerte viento. Luego percibí algo duro en la parte trasera de mis piernas. Me volví, y allí estaba Nadie pegadito a mí, como los perros cuando se meten en tu cama. Di un gruñido de disgusto y le empujé hacia afuera. Saqué la mano del montón de mantas y pieles. La luz blanquinosa se colaba a través de los intersticios de la tienda. Intenté atisbar hacia el otro extremo, pero me pareció que tanto Aquiles como Patroclo no estaban en sus lechos. Homero roncaba debajo de las mantas. Oía a fuego apagado y humedad. El aire silbaba en la estancia solitaria. Me incorporé rascándome cuando empezaron a sonar voces por todos lados. Homero también se despertó con sobresalto.

— ¿Qué pasa? –le pregunté.

Eran como las cantinelas que daban los traperos callejeros en mi infancia. Oías su sonido y musiquilla, pero casi nunca entendías lo que estaban diciendo. El poeta se frotó sus ciegos ojos.

— Los heraldos.

Comprendí entonces que se trataba de los diferentes heraldos, llamando a grandes gritos a la asamblea. Un rumor múltiple y apresurado surgía por doquier. Sólo aquella habitación parecía desierta y silenciosa. El mundo que se extendía a su alrededor bullía de actividad. El viento recio y seco movía todo cuanto fuera inestable. Electrizzaba aún más la escena. Recordé entonces el papel climato-estratégico de los vientos en Troya. Esta ciudad ocupó un lugar clave en el tráfico marítimo entre Occidente y Oriente, y según parece se basaba precisamente en el régimen de vientos. Ya lo dice Homero: “La ventosa Ilión”. “El viento proporcionó a Troya su riqueza”, escribe Michael Siebler. Y explica que la ciudad era el último paso antes de entrar en los Dardanelos, donde un fuerte viento de nordeste solía dificultar el paso de los barcos. Ello, unido a las poderosas corrientes, obligaba a las expediciones a realizar una parada esperando las condiciones favorables para atravesar el estrecho. “Los comerciantes no tenían más remedio que permanecer con su carga en la playa y probablemente pagar los correspondientes tributos a los troyanos por este tiempo de espera, por no hablar de los gastos de aprovisionamiento. Otra posibilidad consistía en hacer transportar las mercancías por tierra, también pagando, si no es que se arrastraban incluso las embarcaciones por vía terrestre; sin duda, para ello no faltaban en Troya, proverbialmente rica en caballos, medios de transporte suficientes. En cualquier caso, la situación topográfica de su ciudad y las condiciones naturales para la navegación que se daban en la época aseguraban siempre a los troyanos grandes beneficios”, explica el historiador.

De manera que aquel viento destemplado, agitador, era la fuente de ingresos para los troyanos. Ayudé a Homero para que se levantara, nos vestimos. Siguiendo su costumbre, el viejo poeta se dirigió a uno de los rincones para la micción matutina.

— Hmmm, maestro. No sé si es conveniente hacer eso precisamente aquí, en la tienda de Aquiles.

Homero se volvió con impaciencia:

— ¡Un casco vacío!

Implorando a los dioses que nadie me contemplara en este trance, rebusqué entre el tesoro del Pelida hasta dar con un casco que no estaba agujereado. Se lo llevé con agitación al poeta.

— Rápido, rápido.

Homero evacuó con gesto de alivio, entre ecos y resonancias metálicas. Luego escondí aquel improvisado orinal detrás de unos escudos y le tomé del brazo.

— Salgamos de aquí cuanto antes.

En el exterior, la sensación de caos era palpable. Entre el viento, que levantaba nubes de tierra, agitaba las tiendas, derribaba empalizadas, y los gritos que recorrían el campamento parecía un escenario enloquecedor. Recordé que el ágora estaba donde las tiendas de Odiseo, en el centro de la concentración. Pero no hacía falta gran pericia para hallarla, porque todos se encaminaban hacia allí.

Nadie me tendió unas frutas que habría robado de algún sitio. Homero me pidió una con la mano. Unas manzanas algo verdes, que crujían al ser mordidas. Pero ayudaban a olvidar el regusto grasiento de la carne. Porque tenía todavía la cena en el estómago. Ahora sí que no llamábamos la atención. La muchedumbre recorría las callejuelas y se agolpaba en un espacio vacío, entre las naves. Los heraldos gritaban, imponían silencio. Pronto aparecieron los reyes, con sus capas y signos de poder. Eran impresionantes, sobre todo uno de ellos. Destacaba por su altura y corpulencia. Tenía una larga barba, pero con el bigote afeitado. Su cabello oscuro se extendía por su espalda formando pequeñas trenzas. Y lo que más descollaba era el grosor de sus cejas, curvadas, erizadas, color carbón.

— ¿Quién es ese rey tan grande y malcarado? —le pregunté a Homero.

— Agamenón Atrida, el que desde lejos manda.

El Rey de reyes contemplaba la muchedumbre con ojos de domador de circo. Los soldados se sentaban en silencio, y nosotros nos adelantamos unas cuantas filas más. No quería perderme aquel espectáculo. Nadie tenía miedo y se agarraba a mi cintura. Finalmente, pudimos tomar asiento al lado de un personaje bizarro. Su aspecto no tenía parangón, y lo define muy bien el poeta con palabras no exentas de comicidad: “Era el hombre más deforme venido frente a Ilión. Era bizco, cojo, y sus hombros encorvados se le juntaban sobre el pecho, y menguados mechones de cabellos caían sobre su cabeza puntiaguda”. El viento le daba en la cara, y cerraba sus ojillos de jabalí.

— Maestro, tenemos al lado a un tipo feísimo. Parece un payaso.

Homero soltó una risotada.

— Es Tersites. Aborrecía sobre todo a Aquiles y Odiseo, y les ultrajaba. Los aqueos le despreciaban y le odiaban.

Entendí por qué justamente habíamos encontrado un sitio libre en aquel lugar, el resto de los aqueos dejaba una distancia prudencial con respecto a Tersites. Sólo nosotros habíamos cometido la locura de sentarnos a su lado. Y digo locura porque antes de que empezara la

asamblea y los heraldos dieran el turno de palabra, Tersites se levantó con agudos gritos contra Agamenón.

— ¿Qué necesitas ya y a qué aspiras, Atrida? Tus tiendas están llenas de bronce y de numerosas y bellísimas mujeres que los aqueos te entregamos antes que a nadie al saquear una ciudad cualquiera. ¿Te es preciso aún el oro que un troyano domador de caballos ha de darte por rescatar a su hijo, al cual yo te habré traído encadenado o habrá sido vencido por algún otro aqueo?

La masa murmuró con desaprobación. El rey se adelantó fulminando con una mirada relampagueante al soldado rebelde, que seguía su diatriba.

— ¿Acaso anhelas una mujer joven para poseerla de continuo y no dejarla nunca? ¿O es que por ser el jefe te propones colmarnos de desgracias a los aqueos?

Luego se volvió hacia sus compañeros, que miraban al suelo.

— ¡Ah, cobardes, oprobios vivientes, aqueas en lugar de aqueos! Volvamos en las naves a nuestros hogares, y dejémosle que sepa al fin si nos necesitaba o no. ¿No ha ultrajado a Aquiles, mejor guerrero que él, arrebatándole su recompensa? Ya puedes alegrarte de que Aquiles no sea soberbio, pues de otro modo, Atrida, tal insolencia tuya hubiera sido la última.

El murmullo subió de tono, entre escándalo y alarma. A mí no me parecieron mal sus palabras. Incluso hubiera aplaudido. Pero de repente apareció Odiseo agitando una vara claveteada de oro, el cetro que concedía la palabra y representaba la autoridad. Estaba vestido con la piel de león y el casco de dientes de jabalí, sus ojos daban miedo. Apartó a golpes a los otros soldados hasta encararse con Tersites, que bizqueaba inquieto.

— ¡Silencio, Tersites! No creo que haya hombre más vil que tú entre los que vinieron con los Atridas frente a Troya, y no debieras arengar, por tanto, poniendo en tu boca el nombre de los reyes ni ultrajarles ni excitar el regreso.

Y sin más, le dio un solemne puñetazo en la nariz. Homero, Nadie y yo retrocedimos espantados y aun así nos salpicó la sangre del rebelde. Odiseo golpeó sañudamente a Tersites con el cetro hasta causarle una tumefacción a carne viva. Tersites lloraba, más feo que nunca. Mientras los aqueos se reían a mandíbula batiente. Uno de ellos dijo al otro: “Odiseo hizo bien al reducir al silencio a este calumniador y obligarle a que en bastante tiempo se guarde de ultrajar a los reyes con sus palabras injuriosas”. ¡Pobre Tersites! Odiseo le sacó a patadas del ágora, entre las burlas y pitidos de sus camaradas. Es el único personaje vil que tiene un papelito en *La Iliada*, aunque aparece sólo para ser objeto de mofa. Pero, atención, también para decir las verdades del pueblo llano.

Los heraldos reclamaron silencio. Y entregaron entonces el cetro a Aquiles, que se erguía desafiante lejos de Agamenón. El viento le revolvía las guedejas rubias y parecía más magnífico que nunca. Iba vestido con una túnica púrpura que agitaba el viento, con un manto recogido en sus hombros. Patroclo le acompañaba. Sus palabras sonaron llenas de ira contra el Atrida.

— ¡Ah impúdico, que sólo piensas en el interés! ¿Cómo se apresurará a obedecerte ninguno de los aqueos cuando haya de tender una emboscada o cuando deba combatir valerosamente contra los hombres? No salí de mi patria por mi gusto para atacar a los troyanos armados de lanzas, pues que ningún agravio me hicieron. Jamás se apoderaron de mis bueyes o mis caballos, y jamás en la fértil Ptía destruyeron mis cosechas; porque nos separan el mar murmurador y montañas fragosas. Pero por complacerte, impúdico, te seguimos para vengar a Menelao y a ti, ojo de perro.

La soldadesca enmudeció.

— Pesa sobre mí la tarea más ruda de la impetuosa guerra — continuó el Pelida. Y cuando llega la hora de las distribuciones, la mejor parte es siempre para ti; agobiado por la fatiga del combate, yo retorno a mis naves, satisfecho por cualquier recompensa módica. Pero ya no me propongo conquistar para ti botines ni riquezas, puesto que me ultrajas.

Agamenón se cubrió aún más con la capa de pieles, sus ojos despedían centellas. Parecía uno de aquellos “malos” del cine mudo. Pidió el cetro. Su voz era atronante, cazallesca.

— Huye si tu corazón a ello te impulsa. No te pido que continúes afiliado a mi causa. Mil más han de seguir conmigo, y en mi favor está también el sapientísimo Zeus. Te considero el más odioso de los reyes que creó el Crónida. No te complaces más que en la querella, la guerra y el combate. Si naciste bravo es sin duda porque los dioses han querido. Tu cólera no me importa.

La réplica del Atrida enfureció a Aquiles. Era la lucha entre un rey resabiado, ambicioso y sin escrúpulos, acostumbrado a la violencia y el mando, y un guerrero estrella, “galáctico” pero inmaduro, egocéntrico. Aquiles pidió el cetro. El viento soplaba cada vez más fuerte, pero no se llevaba sus insultos, que nos llegaban con total precisión.

— ¡Harto de vino, ojo de perro, corazón de ciervo! Nunca osaste en tu alma armarte para el combate con los hombres, ni tender emboscadas con los príncipes de los aqueos. Como la misma muerte te asustaría tal cosa. En verdad que es mucho más fácil ir entre el vasto ejército aqueo a robar lo que le pertenece a quien te contradice, rey que devoras a tu pueblo, porque a hombres viles mandas.

Con rabia, Aquiles lanzó el cetro a tierra. Yo estaba alucinado. La violencia se podía cortar en el ambiente, y todos aquellos hombres contemplaban con angustia como los reyes que debían garantizar el éxito de la guerra y velar por ellos se peleaban como chacales. Era como si el viento encrespara aún más los ánimos.

Un heraldo llevó el cetro hasta Agamenón, quien señaló al Pelida mientras las trenzas se le ponían de punta.

— Este hombre quiere erigirse por encima de todos, mandar en todos y dominar a todos. No creo que consienta tal cosa. Porque los dioses le hayan hecho bravo, ¿le está permitido que nos insulte?

Luego miró a la concurrencia, como si hubiera ganado el asalto. Aquiles se apresuró a contestar, pero con una irritada desgana. Fingiendo indiferencia.

— En verdad que merecería ser motejado de cobarde y vil si yo te complaciese en todo. Manda en los demás, pero no en mí, porque no pienso obedecerte en adelante nunca.

El murmullo se hizo más intenso. Entonces fue el sabio Néstor quien demandó el cetro.

— ¡Oh dioses, una inmensa desgracia pesa sobre la tierra aquea! He aquí que Príamo se regocijará y los hijos de Príamo y demás troyanos se regocijarán también en su corazón cuando se enteren de vuestras querellas, ¡oh vosotros, que estáis por encima de los aqueos en el ágora y el combate! Dejaos, pues, persuadir, ya que entre ambos sois menos viejos que yo.

Pero la llamada de Néstor no tuvo éxito. Porque inesperadamente demandó la palabra Idomeneo, el rey de los cretenses armados de corazas. Se hizo un murmullo de interrogación. El sagaz isleño parecía molesto contra Aquiles por atribuirse la exclusividad del valor. Tomó el cetro y gritó:

— En la emboscada resplandece el valor de los guerreros y se distingue el bravo del cobarde, que a cada instante cambia de color, y no tiene la suficiente firmeza de alma para

esperar tranquilo en su lugar, y se le van los pies, y le tiembla en el pecho el corazón temeroso de la muerte, y sus dientes chocan, mientras el bravo no cambia de color ni duda colocarse en la primera fila de guerreros y anhela el ardiente combate. Ve allá, y no hablemos más, permaneciendo inactivos como niños.

Insospechadamente, no le contestó Aquiles sino el Gran Áyax, con una voz ronca por el enfado. Cogió el cetro y acusó al cretense con el índice.

— Idomeneo, ¿a qué hablar sin más ni más? No eres el más joven entre los aqueos ni son los ojos de tu cara los más penetrantes. Pero sin cesar hablas porque sí. No es conveniente que hables tanto, porque más que tú aquí valen otros muchos.

La cosa estaba al rojo vivo. Agamenón, cuyo manto se levantaba espasmódicamente por el viento, no quiso perder comba en la discusión y volvió a pedir el cetro.

— Vuestro deber consiste en lanzaros a la refriega cuanto antes, de igual modo que asistís los primeros a mis festines, donde se congregan los más venerables aqueos. ¡Allí sin duda os es grato comer carnes asadas y beber copas de buen vino a vuestro sabor! ¡Y he aquí que al presente veríais con alegría que diez falanges de aqueos, armadas de bronce mortífero, combatieran delante de vosotros!

Algo hubo en sus afirmaciones que molestó profundamente a Odiseo, hasta entonces al margen de la refriega. Pidió el cetro, hizo primero un silencio táctico. Miró al suelo y luego clavó una torva mirada sobre Agamenón.

— Atrida, ¿qué palabras dejas que salgan de tu boca? ¿Cómo osas afirmar que dudamos frente a la perspectiva del combate?

Odiseo flexionó las manos, en un gesto oratorio muy eficaz. La audiencia vibró de ansiedad.

— Cuando impulsemos al rudo Ares contra los troyanos domadores de caballos ya lo podrás ver, si lo deseas y tienes gusto en ello, al padre muy amado de Telémaco atravesar por las huestes de troyanos. Pero no hay que hacer caso de tus palabras.

Aquella afirmación fue realmente fuerte. Escuché como Homero se reía para sus adentros, refocilándose por el embrollo en que se había metido Agamenón.

El Rey de reyes estaba confuso, poseído por la ira pero absolutamente desnortado.

Entonces, tras solicitar el cetro, se volvió repentinamente contra Diomedes, que asistía silencioso a la querrela.

— ¡Ah! Hijo del bravo Tideo domador de caballos, ¿por qué tiembles y miras temeroso entre tus filas? En verdad que Tideo no tenía costumbre de temblar, sino que combatía denodadamente al enemigo, fuera de las filas y adelantándose a sus compañeros.

El joven Diomedes contempló confundido a la audiencia. Nadie se explicaba por qué Agamenón le reñía. Seguramente era una forma de desviar el interés, ante su incapacidad evidente de salir airoso en la pelea que había organizado. El Tidida pidió el cetro y dijo humildemente:

— No me enfadaré yo porque el príncipe de pueblos Agamenón excite a los aqueos de hermosas grebas para que combatan, pues si los aqueos destruyeran a los troyanos y tomaran la santa Ilión, la gloria será de él; pero si los aqueos se viesan destruidos, sería de él la derrota.

La soldadesca aplaudió las sensatas palabras de Diomedes, que relajaron algo el ambiente. Pero el viento seguía excitando los ánimos y un guerrero que no conocía pidió el cetro.

Se levantó y pronunció las palabras a tan grandes voces que todos se taparon los oídos.

— Caiga sobre vosotros la vergüenza, ¡oh aqueos orgullosos de vuestra hermosura, más cubiertos de oprobio ahora!

Me incliné sobre Homero.

— ¿Quién es ese que grita tanto?

El maestro, limpiándose el oído con el dedo me dijo a media voz:

— Es el magnánimo Esténtor, el de la voz de bronce, él solo grita tanto como cincuenta hombres a la vez.

¡Ahora sabía de dónde viene la palabra “esténtoro”! Conforme crecía la recuesta entre los reyes, Homero se frotaba las manos con fruición, daba golpecitos con su cayada. Estaba disfrutando con el espectáculo. Ahora era Odiseo quien de nuevo cargaba contra Agamenón.

— Atrida, ¿qué impropias palabras de entre tus dientes se escaparon? Merecerías conducir un ejército de cobardes en lugar de mandarnos a los que por Zeus fuimos elegidos para mantener ásperas guerras desde la juventud hasta la vejez y hasta la muerte. Cállate y que ninguno de los aqueos te oiga estas palabras que no debió pronunciar nunca un hombre de recto espíritu, un rey a quien obedecen pueblos tan numerosos como los que entre los aqueos acaudillas.

Odiseo era un gran orador, desarmaba a sus contrincantes atacando directamente la línea de flotación; hundiendo los argumentos centrales. Agamenón comenzaba a sentirse acorralado.

— Maestro, esto de la guerra lo veo mal. Parece que no se aclaran.

Homero asintió con la cabeza mientras reía por lo bajo. El Atrida tenía ahora el cetro en la mano, pero parecía estar en blanco. Le temblaban los labios de irritación, mientras el viento desordenaba sus lujosas ropas.

— Es un milagro que Egisto, el amante de su mujer Clitemnestra, matase a Agamenón. Lo normal es que hubiera muerto antes de un ataque al corazón —le comenté al maestro.

Homero me hizo un gesto de silencio señalando hacia el orador. Como diciendo: “Escucha bien”. Agamenón se derrumbó.

— Zeus Crónida, el implacable, me ha colmado de desgracias terribles. Han transcurrido ya nueve años del gran Zeus y los cascos de nuestras naves se corrompen, y sus jarcias se pulverizan, y nuestras mujeres y nuestros pequeñuelos nos esperan en lejanos hogares, y la empresa por la que venimos no se lleva a cabo.

Levantó la cabeza hacia el cielo, como un personaje de ópera.

— ¡Vámonos! Huyamos todos en nuestros navíos a la amada tierra natal. ¡Nunca conquistaremos la gran Troya!

\*

Si hay un personaje desastroso en *La Iliada*, éste es Agamenón. Su perfil desmiente de nuevo que Homero fuera un mero panegirista de reyes y conquistadores. Porque de haberlo sido, su poema recordaría esas loanzas absurdas que componen todas las dictaduras: colocando a hombrecillos mediocres y ambiciosos en el pedestal de la heroicidad. Ejemplos los tenemos a decenas. Pero no. Homero pinta al Príncipe de pueblos, al comandante en jefe de la expedición, con más sombras que luces. Por un lado nos lo presenta valeroso y decidido, autoritario. Pero al mismo tiempo impulsivo, torpe y muy mal calculador. Pocos personajes se hacen tan ingratos a lo largo de la trama. No puede obviarse un deseo por parte del autor de dibujarlo descarnadamente, con todos sus defectos. Él, modelo en que los reyes se contemplan. Jefe, caudillo, descendiente de la más excelsa realeza.

Homero no le tiene la menor simpatía, ni a él ni probablemente a todo lo que significa. Lo asombroso es que pueda presentarlo de una manera directa, sin ambages. Disimulado en las anfractuosidades de la tragedia, hay un retrato oscuro del poder.

El poema empieza con su rudeza al rechazar al pobre Crises, un anciano sacerdote. Atrae la peste sobre los aqueos y se resiste a entregar la bella Criseida a su padre. Cuando se ve forzado a ello, en plena bronca con Aquiles, le quita a Briseida. Provoca con ello la cólera y el abandono del combate del Pelida. El orgullo y la ambición le pueden más que el sentido común.

Se deja engañar por el sueño de Zeus. Y provoca un auténtico caos al intentar un truco: proclamar la huida para que las tropas se opongan. Los guerreros salen en desbandada y a duras penas los reyes les pueden contener. Su estrategia se revela como un desastre. Cuando la situación militar se vuelve casi desesperada, intenta una reconciliación con Aquiles, para lo cual le envía una embajada. Pero de nuevo sus métodos son zafios y causan un efecto contrario al pretendido. Prometiéndole riquezas e incluso la mano de una de sus hijas no hace sino ofender aún más a Aquiles, que se niega a cualquier acuerdo y lo vuelve a poner en entredicho. En medio de tantas tribulaciones, Agamenón se deja llevar por el desánimo y propone, esta vez de verdad, abandonar el campo de batalla. Lo cual indigna a los otros reyes. El lector es consciente de que, de haberse llevado a cabo, los troyanos habrían exterminado a los aqueos.

La vuelta al combate de Aquiles, con el dilucidamiento progresivo de la acción, representa a la vez una reducción del papel de Agamenón. El héroe a quien él había insultado y humillado inclina finalmente la balanza a favor de los aqueos. Sin él, la guerra estaba perdida. Agamenón hubiera debido saberlo.

Como personaje, el Atrida se diluye conforme el poema se va centrando más y más en el triángulo Aquiles-Patroclo- Héctor. Al final, cuando se desatan los contenidos importantes, es irrelevante. Incluso podría decirse que Homero le opone la contrafigura de Príamo, tan prudente y entero, humano y respetuoso, una figura fundamental en las últimas escenas del libro.

La autoridad autocrática, despótica, irreflexiva y brutal queda así desautorizada por un Homero que juega con ella. Haciéndola *dramatis personae* justifica su feroz crítica. Sobre todo si pensamos que la audiencia del viejo poeta estaba formada por emuladores del Atrida, nobles y tiranos que rememoraban los esplendores de la “Micenas rica en oro” para su propia gloria. Qué valor había de tener entonces Homero para, delante de sus propias narices, construir un personaje como Agamenón.

\*

La proposición del Atrida levantó un verdadero griterío. Los reyes se vieron de repente impotentes para controlar a los soldados, que al escuchar las palabras “mujer” e “hijos” perdieron por completo los papeles. Gritaban, intentaban levantarse, lloraban. ¿Cómo se le había ocurrido al rey tocar ese registro? Lo mismo pareció pensar Odiseo, que pidió apuradamente el cetro. Habló hacia Agamenón, pero dirigió sus palabras a todos los asistentes.

— Yo condeno tu orden de arrastrar al mar tus naves bien construidas, alejándolas de los clamores del combate. ¿Crees que no sería lo mismo complacer en sus deseos a los troyanos victoriosos? ¿Cómo sostendrían el combate los aqueos mientras arrastraban las naves al mar? Sin pensar más que en las naves, descuidarían el combate.

La reflexión de Odiseo era muy pertinente. Calmó algo los ánimos.

—¡Funesto nos sería tu consejo, Príncipe de pueblos! —rubricó Odiseo.

Agamenón quedó desencajado. Pidió el cetro.

— Ahora, si alguno viejo o joven tiene que dar un consejo mejor, hable y me regocijaré con su palabra.

Homero, riendo, se golpeó los muslos como hacían aquellos hombres para expresar sorpresa. Luego abucheó ruidosamente al rey. Agamenón fijó en él sus ojos centelleantes. La negra cólera bullía en su pecho. Avanzó unos pasos hacia nosotros, mientras el viento le volteaba las trencitas por toda la cara. Todavía tenía el cetro en la mano.

— Adivino de males, jamás me predijiste nada grato. Únicamente gustas de augurar desdichas. Nunca hablaste ni obraste bien.

¡El Atrida estaba amenazando directamente a Homero! Un escalofrío me recorrió la espalda. Quizás sabía el papel que iba a desempeñar en el poema, o le confundía con otro vidente. Pero el hecho es que sacaba su espada mientras abría su boca temible, arqueaba sus cejas negras, avanzaba la mano enorme.

— Guárdate anciano de que te encuentre nuevamente en las naves abiertas, pues ni el cetro ni las bandas del dios te protegerán.

Agamenón apartaba a los hombres a golpetazos. Dio un pase con la espada en el aire, que silbó como un dragón.

— Huyamos, este hombre nos matará —le dije.

Estiré al maestro, Nadie intentó escapar pero los soldados nos rodearon por completo. Sólo abrían un estrecho pasillo por donde caminaba, dramático y temible, el Rey de reyes. En aquel momento fatal, se vislumbró una especie de deflagración. Una luz deslumbrante bajó del cielo, cegando a reyes y soldados. Cayó delante de nosotros con mil chispazos. Algo tiró de mí y del viejo poeta. Nos vimos de repente dentro de la luz. Y comenzamos a elevarnos. Como los aviones cuando despegan, la perspectiva se torció vertiginosamente. Las calles del campamento, las naves, las figuras de los soldados. Angustiado pude ver como el pobre Nadie agitaba los brazos intentando alcanzarnos.

— ¡No matéis a Nadie! ¡No matéis a Nadie! —grité con desesperación.

Pero la tierra se alejaba, crecía el horizonte, divisaba el mar empenachado por la espuma, los árboles sacudidos por el viento, el monte Ida. Me volví hacia la luz. Contemplé a una mujer gigante vestida de guerrero.

\*

El aturdimiento del hombre ante lo misterioso le hace ver dioses y gigantes. ¿Hemos perdido para siempre la percepción de las antiguas divinidades? ¿Tantas cosas nos separan de aquellos que rezaban a Zeus, Atenea, Afrodita...? A veces, tengo la impresión de que para comprender el pasado hay que mirar un poco el presente. ¿Qué pensará un hombre del siglo XXII de nuestra religiosidad? Quizás sacará conclusiones algo exageradas de los signos más o menos piadosos que empleamos: las efigies del Sagrado Corazón, los crucifijos, las cruces de término, los mandalas. Contemplará las ruinas de las catedrales y deberá imaginar el contenido espiritual que se les daba en el pasado. Personalmente, y sin ningún tipo de autoridad científica que me respalde, creo que los dioses no están tan lejos de nosotros. La religión responde a unas necesidades profundas, y sigue siempre unos mismos caminos. Lo que ocurre es que el complejo religioso judeocristiano se ha dedicado a desprestigiar al paganismo. Nos presenta a los dioses olímpicos como seres grotescos, crueles, inmorales, propios de civilizaciones atrasadas. Sin embargo, la religión olímpica probablemente tuvo la misma proporción de piedad, igual voluntad de instaurar un orden, idéntico imperativo de la cohesión social, que otros sistemas religiosos posteriores como el Cristianismo o el Islam.

Imaginemos que los dioses olímpicos están cerca, que podemos comprenderles. Porque aunque hayamos perdido sus ritos y sus genealogías, nos queda algo muy importante: su significado. Cada divinidad jugaba un papel metapsicológico en el mundo. Representaba una tendencia, una fuerza, un conflicto, una cristalización de fuerzas. Y esos principios, mientras que los nombres de dioses perecen y se olvidan, son eternos para la humanidad. En cierta manera, la religión es asunto de los que no creen. Sólo ellos necesitan tantas precisiones, códigos históricos, figuras y contrafiguras, distinciones teológicas y parusías. A veces encuentras a gente que vive simplemente la trascendencia, que es el contenido de aquellos embalajes. Y para ellos, las diferencias sistémicas son hasta cierto punto irrelevantes. Porque ven la espiritualidad a través de las diversas religiones, como la luz a través de las botellas. ¿Por qué no iba a existir esa voluntad de trascendencia en el mundo pagano?

También hay otro punto de conocimiento inexplorado. Los dioses no siempre representaban identidades, también designaban aspectos. Cuántas veces no adviertes en el fondo de una mirada una especie de estrato profundo que va más allá de aquella persona, que a lo mejor ya has visto en otras. Como si de un modelo original, por la reproducción miriádica de las generaciones, aquella mirada prístina se hubiera proyectado en el futuro. Si pudieras reseguirlas todas, rebobinarlas hacia atrás, llegarías al punto inicial. Al rostro primero que les dio origen. ¿Y cómo designarlo? Como una diosa o un dios. Probablemente ese es el sentido de esos epítetos tan caros a Homero: “divino”, “semejante a un dios”. Eran aspectos ajenos, sobrehumanos, que se entreveían en la envoltura mortal del personaje aunque ellos fueran transversales, transgeneracionales, eternos.

Los dioses podían ser “horizontales”, extenderse en el tiempo y los individuos. Y por lo tanto, siguen aquí. El hombre occidental, tan determinado por la cultura grecorromana, tiene un hueco neurotizador, un vacío. Allí donde estuvieron los dioses paganos sólo hay sombras. Pero sombras actuantes. Por eso habría que intentar comprender qué significaban cada uno de esos dioses, revivir aunque sea arqueológicamente su vivencia. Pero Homero no nos sirve.

Autores antiguos como Platón lo acusaron de inmoral, e incluso de pervertir la imagen de las divinidades. Y tenían razón. Porque después de leer *La Iliada*, a nadie en su sano juicio se le ocurriría caer en un trance religioso y pedir un deseo a cualquiera de los dioses allí retratados.

Tal vez sólo el hombre moderno, más desafectado de ciertos tabúes e innombrabilidades, sea capaz de comprenderlo. Homero no presenta a los Inmortales como seres angélicos, más allá de la vida y la muerte, responsables de la justicia y el destino de los hombres. En absoluto. El viejo Melesígenes juega con las identidades olímpicas para construir los personajes de la planta noble de su obra. Emplea sus personalidades como un instrumento, endereza con ellos la trama, causa emociones. Pero en ningún momento nos quiere convencer de que está hablando de los dioses verdaderos, como sí hace por ejemplo Hesíodo.

En cierto modo, los dioses de Homero son un grado más alto del noble micénico. Tienen sus mismos defectos: envidiosos, rencorosos, dubitativos, coléricos, embusteros. Se reúnen en asamblea, organizan banquetes, luchan entre ellos, discuten, incluso se van a dormir cuando cae el día. ¿A qué hombre en sus cabales se le ocurriría pensar que los dioses inmortales, allá en sus palacios del Olimpo, no tuvieran más ocupación que los avatares de la guerra de Troya? Preocuparse por la suerte de tal o tal guerrero, correr en ayuda de Eneas y Odiseo. Participar, incluso, en las carreras de los juegos por Patroclo. Unos dioses como

tales no mantendrían esa imbricación permanente, casi obsesiva, que muestra el poema. ¿Creía Homero en los dioses? ¿Cómo se atrevió a componer algunas escenas francamente burlescas? Aquí aparece otro de los trazos de sorprendente modernidad y al mismo tiempo de conciencia occidentalista. El hombre oriental sabe que no es nada frente a lo divino. El hombre occidental también, pero quiere ser él. Una figura como Odiseo, que negocia constantemente e incluso intenta engañar a Palas Atenea, sólo puede aparecer en un contexto de relatividad humanística. Con una percepción de la divinidad pasada por el tamiz antropófilo, insolente, reflexivo. Porque Homero no plantea esa semicaricaturización de los dioses por inconformismo o escándalo, sino que probablemente busca un recurso para presentar problemas profundos. Si todo quedara reducido a unos dioses perfectos que tienen el futuro decidido y cerrado, que no disputan, omniscientes de verdad, ¿dónde estaría la tragedia? Cuando Zeus urde su ardid para que los aqueos acaben necesitando a Aquiles, pone en marcha un dominó que ni él mismo controla del todo. Hubiera bastado una decisión diferente por parte de Patroclo, de Héctor o del propio Aquiles para que las cosas hubiesen salido de otra manera. Ese margen de libertad, de destino abierto, es el que convierte el poema en algo vivo y real. Y para ello, los dioses tenían que ser como reyes amplificadas. Sin embargo, y de ello yo sería consciente algo más tarde, sí que hay unas presencias numinosas que Homero reconoce y respeta. Pero casi ni las nombra.

\*

Atenea fustigó con su látigo a sus fosfóricos caballos. Nos elevábamos hacia el Urano, dejando atrás el mundo de los mortales. Al llegar a las cumbres pedregosas del Olimpo, apareció una enorme fortaleza. También brillaban sus torres y murallas. La diosa hizo un gesto a las Horas, que abrían y cerraban las compuertas. Entonces, cruzando entre las nubes, el carro se introdujo en las puertas de la mansión celestial. Nos detuvimos en un gigantesco patio. Porque todo allí era sobrehumano, desmesurado. Por primera vez pude mirar cara a cara a la hija de Zeus.

Una de las cosas que debería impactar a los antiguos de Atenea era que una mujer vistiese armadura. El contraste entre la doncella y la guerrera. Atenea era la diosa que infundía valor a los contendientes, siempre armada. Dos cosas de ella me sobrecogían. Primero su tamaño, y después unos ojos garzos, de un azul tan claro que parecían iluminados por dentro. “Diosa de ojos claros”, “de ojos resplandecientes”. Toda ella constituía una especie de holografía en movimiento, porque al no estar formada por materia en el sentido estricto, sus límites se confundían con otras luces, como ocurre cuando se proyecta una película sobre objetos en relieve. Me fijé también en el vehículo que nos había trasladado. Era un carro, pero de composición absolutamente inverosímil. Se diría el interior luminoso de un fluorescente, si pudiese eliminarse su continente exterior. Sólo la luz pura, radiante, casi sólida. Las ruedas tenían ocho radios, fabricados con un metal precioso que parecía bronce líquido. Las llantas resplandecían cual láminas de luz solar. Los dos cubos laterales habían sido chapeados de plata tan voluble como el mercurio más tornadizo. Correas de plata y oro sostenían el asiento, resguardándose por su parte delantera con dos amplios círculos, de entre los cuales sobresalía la argentada lanza de la diosa. Palas Atenea permanecía inmóvil, quizás el tiempo de los dioses era diferente del humano. Y pensaba más rápido o más despacio que nosotros. Lo que sí difería claramente era la temperatura. En el Olimpo hacía un frío espantoso. Cuesta imaginar la representación que Homero se hacía de las divinidades. Porque se limita a dar detalles sueltos, aunque significativos. Sabemos, por ejemplo, de sus dimensiones descomunales y su peso fuera de toda medida.

Así, cuando Atenea se toca con el casco erizado de airones y cuatro conos de oro, Homero anota: “Con el que bien podría haber cubierto a los habitantes de un centenar de ciudades”. ¡Un casco que medía kilómetros de diámetro! Zeus se sienta en su áureo trono, “estremeciéndose el amplio Olimpo bajo sus pies”. La propia residencia de los dioses vibra como una tumbona al peso de Aquel que lleva la égida.

En otro momento, Atenea sube al carro de Diomedes, y entonces “a su peso gimió el eje del carro, que conducía una diosa poderosa y un bravo guerrero”. La disimetría con el patrón de medidas del casco es evidente; pero de nuevo Homero emplea las relatividades de lo onírico para ganar precisamente verosimilitud. Los dioses no pueden representarse, parece decir, se sueñan o presienten.

También Poseidón vigila la tierra desde el pico más alto de la “umbría Samotracia”, y “súbito descendió de la escarpada cima, y los montes ingentes y los bosques temblaron bajo los inmortales pies de Poseidón en marcha. Tres pasos dio, y al cuarto hallóse en el término de su camino”. La disputa entre aqueos y troyanos se acaba contagiando al estamento de los dioses, que en un determinado momento se atacan entre ellos. “Y se abalanzaron unos a otros; y con un ruido inmenso resonó la ancha tierra; y por encima retembló el gran Urano.” Ares y Atenea se preparan para combatir vestidos de oro, “gigantescos y hermosos bajo sus armaduras, como conviene a los dioses, siendo mucho más pequeños los hombres”. En este caso, el efecto macroscópico resulta evidente. Las divinidades son guerreros a escala desorbitada.

Pero no siempre las presencias olímpicas tienen esa caracterización algo ogresca y estrepitosa. Homero también los retrata con trazos sutiles. Hera y Atenea “volaban comparables a palomas jóvenes”, desplazándose ingravidas “sin que sus pies tocasen la tierra”. Las frondas se mueven suavemente a su paso, “vuelan como el pensamiento”, se cubren con la niebla. A veces, los hombres los presienten a través de signos casi imperceptibles. Atenea nos había salvado. Probablemente sentía simpatía por el viejo poeta, que eternizaría su nombre en todas las culturas. Homero se abrigó como pudo. No dijo nada. Atenea le sonrió con cierta benevolencia. Me sentí obligado a intervenir por él.

— Señora Divinidad, le estamos muy agradecidos por salvarnos. Homero es un gran poeta y será inmortal.

Atenea soltó una carcajada, que resonó inquietantemente por todos aquellos pórticos vacíos y reflectantes.

— Otros más bravos y vigorosos que él murieron ya o han de ser muertos en la lucha. Difícil es preservar de la muerte a las generaciones humanas.

La diosa nos contemplaba con las riendas en la mano, desafiante y magnífica. Ayudé a Homero a descender de aquel aparato volador. No acababa de fiarme de la hija de Zeus, tan rencorosa y retorcida en sus propósitos. Ella derrota en combate al propio Ares, dios de la guerra. Ayuda maniqueamente a los aqueos, a pesar de que los troyanos le rinden igual culto. Tiene especial inquina contra Afrodita, que como Apolo está del lado troyano.

Quizás porque la diosa del amor representa todo lo que ella no es: femenina, seductora, deslumbrante. Nunca perdonará a Paris la sentencia del famoso juicio de las tres gracias. Es cruel con Héctor, al que engaña mortalmente. Desprecia al ser humano “a quien para morir marcó el destino”. Su única debilidad es Odiseo.

Atenea volvió a mirarnos con sus ojos licuosos, y trazó un medio reír como quien tiene pensamientos ocultos. Luego hizo sonar el látigo, y desapareció con la rapidez de un suspiro a bordo de su carro irreal.

\*

Solos en el Olimpo. Si hubiera de comparar la visión con algo actual, diría que estábamos en el interior de un videojuego. Un sistema de perspectivas forzadas, puntos de fuga, paredes enormes y agobiantes. Ahora maldecía el momento en que cambié mis tejanos al pobre Nadie. La faldilla era insuficiente para abrigarme del helor esencial que cubría las mansiones de los dioses. La única ventaja —me consolé en silencio— era que las pulgas morirían congeladas. Comenzamos a andar cansinamente. Intenté entablar alguna conversación, mientras pisábamos un mármol mortuoriamente gélido. Pavimento divinal. Nuestro aliento se convertía en una leve bruma.

— ¿Cuáles fueron los bandos en que se dividieron los dioses?

— Del lado de los aqueos se alinearon Hera, y Palas Atenea, y Poseidón el que ciñe la tierra, y Hermes, útil y lleno de sabiduría, y Hefesto, cojo y temblante de fuerza. Y del lado de los troyanos se alinearon Ares, el de las armas palpitantes, y Febo el de luengos cabellos, y Ártemis, que se envanece de sus flechas, y Leto, y Janto, y Afrodita que ama las sonrisas.

— ¿Zeus no censuró la pelea?

Era un conflicto poco digno. Homero negó con la cabeza.

— Sentado en el Olimpo, Zeus se echó a reír; y la alegría llenaba su corazón cuando vio aquella disensión entre los dioses. En cierta manera, el peso de su acción patricida debía pesar sobre el Crónida.

Siempre temeroso de ser destronado a la fuerza y sepultado en los abismos, como hizo él con Cronos. Siguiendo la táctica de cualquier monarca desconfiado, practicaba el “divide y vencerás”.

— ¿Cómo fue la batalla?

Homero suspiró, se puso el manto sobre la cabeza. Sus labios comenzaban a amoratarse.

— Cuando los dioses se mezclaron con los guerreros, excitó a los dos pueblos la violenta Éride, la Discordia. Y Atenea rompió en terribles gritos junto al foso, y Ares comparable a una negra tormenta también gritaba, enardeciendo a los troyanos. Así organizaron los dioses dichosos la refriega violenta entre ambos pueblos.

— Debió de ser terrible...

— Y el Padre de los hombres y los dioses tronó con fuerza en las alturas; y Poseidón conmovió la tierra inmensa y las cimas de las montañas; y temblaron las raíces del Ida, de numerosos manantiales, y la ciudad de los troyanos, y las naves de los aqueos. Y el subterráneo Aidoneo, rey de los muertos, se estremeció y saltó espantado de su trono; y gritó, temeroso de que Poseidón el que conmueve la tierra la rasgase y se mostraran a mortales e inmortales las moradas repulsivas e infectas que producen horror hasta a los mismos dioses; tan terrible y espantoso fue el encuentro entre los dioses.

En realidad, esa intervención armada de los Olímpicos no deja de ser un cruel sarcasmo. Ellos, felices, inmortales, desocupados, intervienen por un momento en el devenir de los miserables mortales; que sufren, son heridos, pierden a sus seres queridos y mueren. El “engagement” de los dioses representa una cuestión de capricho, rencor, o incluso frivolidad. Juegan con la vida y los padecimientos de los hombres. Juegan a ser hombres.

— ¿Qué pasó después de aquella trifulca?

— Al Olimpo regresaron los dioses eternos, irritados unos y triunfantes otros; y se sentaron junto al Padre, que amontona las nubes.

Nos desplazábamos hacia un anchuroso corredor que estaba enfrente de nosotros. Pero entonces, de las alturas de aquel megarón, comenzaron a caer finos copos. Se apagaron los ecos, incluso las pisadas. De repente comprendí que Homero y yo caminábamos hacia nuestro destino. Aunque no pudiera ni siquiera entrever cuál era. El viejo poeta se detuvo y alzó sus ojos al negro cielo del Olimpo.

— Cual los compactos copos que en un día de invierno Zeus esparce sobre los hombres mortales para darles muestra de sus armas, callándose los vientos mientras la nieve cubre las cimas de los grandes montes...

Estuvo un momento inmóvil, triste. Luego siguió con sus pasos mientras recitaba:

— Y los altos promontorios, y los herbosos campos, y las tierras labrantías, y también cae a la orilla del espumoso mar, fundiéndola las olas en tanto que la lluvia de Zeus todo lo envuelve...

\*

De manera que aquí se destinenciaban las existencias humanas. Entre estos muros desangelados se urdían las guerras y las catástrofes, los dioses maquinaban sus venganzas, decidían quién y cómo debía morir. Qué impresión tan desolada causaban los entramados del Olimpo, porque los dioses estaban como ausentes. Dormidos, soñantes, estatuados con sus luces.

Pasamos por la estancia de Ares, repleta de armaduras, yelmos, escudos, lanzas y espadas descomunales. La habitación era tan grande que parecía un almacén de piezas para gigantes. Oscura y llena de tapices con motivos de guerra y destrucción. Las armas, perfectamente colocadas, se perdían en líneas convergentes. No osamos penetrar, por no tener un encuentro con el dios. Continuamos caminando a través del pasillo, ateridos de frío. La nieve cubría los gruesos paramentos, hechos a la medida del pie divino. No había naturaleza, ni humanidad, ni señal alguna que no hablara sino de poder, estatismo, intemporalidad cegada en sí misma. El cielo del Olimpo era gris nieve, opaco, casi sólido. Como la bruma escondedora de los dioses.

Llegamos entonces a las puertas de otra estancia. Aquí se guardaban a un lado centenares de arcos, con sus carcajs y sus flechas. Enfrente, en un paralelismo hasta morfológico, un equivalente de liras, arpas e instrumentos de cuerda. Parecía que las liras fueran arcos de notas, y los arcos liras de flechas. Nos detuvimos un momento, preguntándome a quién pertenecería aquella sala. Bien pronto lo supe. Al fondo, enorme incluso en la distancia, estaba el dios. Sentado en un rico sitial, bello, displicente, dejaba colgar su negra cabellera con un gesto voluptuoso de la cabeza. Febo Apolo, el flechador. No pareció extrañarse de que dos hombres mortales le mirasen desde la puerta. Creo que incluso se sentía complacido. Es una divinidad de contenido ambiguo. Porque resulta fácil representarse a Ares-Marte, Afrodita-Venus o Poseidón-Neptuno, ya que representan principios casi naturales. ¿Pero qué significaba Apolo para los hombres antiguos? Flechador, numen oracular, conductor de rebaños, cantor y poeta, seductor tanto de muchachas como de efebos. Resulta curioso que Homero sitúe en el bando aqueo a divinidades adustas y violentas, como Atenea, Hera, y Poseidón. En cambio, los dioses que defienden a los troyanos (a excepción de Ares) parecen más hedonistas, concupiscentes, como Apolo y Afrodita. En sintonía con la pareja Paris-Helena.

Febo Apolo, el matador de la Pitón, no me interesaba y creo que a Homero tampoco. Así que pasamos de largo. Renació un poco mi esperanza cuando contemplé a lo lejos un

resplandor. ¡Fuego! Tiré del maestro, tronchando la nieve con ritmo de urgencia. Mi intuición se reveló cierta, porque de este modo llegamos a la morada del dios de la Forja: Hefesto. Allí se estaba bien calentito, puesto que hornos, fraguas, fuelles y crisoles coexistían en una especie de nave inmensa que parecía la sala de máquinas del Titanic de la antigüedad.

Entramos apresuradamente, tendiendo las manos y los pies hacia la primera fogata que encontramos. Se escuchaba un estrépito permanente de actividad, y lo más extraño era que todos aquellos artilugios funcionaban solos, sin que nadie los activase.

Homero recuperó el calor vital, y se frotó la cabeza con las manos. La luz flámea le devolvía un aspecto juvenil que hacía años debió de perder. Por unos segundos, pareció recuperar el buen humor. Porque si hay un dios que trate de forma simpática y divertida en su poema ese es Hefesto, el Vulcano romano. Le llama “cojo de ambos pies” o “el ilustre Cojo”.

Sin embargo, la historia de Hefesto no era nada humorística. Nacido de Zeus y Hera, explica así su suerte en el poema: “Mi madre despiadada hubo de arrojarme desde las alturas sin querer que los dioses me vieran porque era cojo”. La bondadosa Tetis y su hija Eurínome le recogieron en tal trance, y desde entonces el Cojo les tiene un cariño especial. En su gruta marina forjó “para ellas durante nueve años broches, cadenas, collares, brazaletes y otros mil adornos”. Hefesto es un dios enmadrado. Porque a pesar de todo, atiende y consuela a Hera después de sus broncas domésticas con Zeus. Le sirve cariñosamente vino para acabar bebiendo también él. Entonces, “una risa inextinguible surgió de entre los dioses venturosos viendo hacer a Hefesto en la morada”. ¿De qué se ríen los dioses, Homero y también la audiencia del poeta? De la torpeza y deformidad de este cojo. Es la burla cruel de los fuertes.

Sin embargo, Hefesto se revela como un magnífico artesano. Y además, una de las escasas divinidades que tiene algo de sentido común. En medio de las refriegas entre aqueófilos y troyanófilos, dirige a los Olímpicos estas sensatas palabras:

— En verdad que nuestros males serán funestos e intolerables si reñís así a causa de los mortales y sembráis la discordia entre los dioses. Nuestros brillantes festines perderán su alegría, de continuar tal situación.

Y eso que uno de los factores de dicha alegría era precisamente burlarse de él.

Homero describe con una precisión cinematográfica el trabajo del dios de la forja: “E irguiendo junto al yunque su monstruoso cuerpo, comenzó a cojear, vacilando sobre sus piernas débiles y torcidas. Y separó del fuego los fuelles, guardando en un cofre de plata todas sus herramientas usuales. Después, limpióse con una esponja el rostro, las dos manos, su robusto cuello y su pecho velludo. Y se puso una túnica y tomó un cetro enorme, saliendo de la fragua sin dejar de cojear”.

De repente escuchamos un estrépito de metales. Delante de nosotros una especie de monstruo metálico se movía con torpeza. Los brazos articulados, la cabeza con los ojos pintados. Todo él era de oro, y se desplazaba clingoteando resonancias a chapa.

— ¿Qué es eso, maestro? Parece una especie de estatua moviente.

Homero soltó una carcajada. No había duda, Hefesto le ponía de muy buen humor.

— Sostenían al dios dos estatuas de oro, que tenía por servidoras y parecían vírgenes vivas que pensasen y hablasen instruidas por los dioses.

¡Hefesto fue el creador de los robots antes de hora! Es uno de los descubrimientos sorprendentes de *La Ilíada*.

Homero concibió la existencia de objetos semovientes, servidores (en checo, *robotá* significa “trabajo obligatorio”) que, gracias a la habilidad mecánica del divino Cojo, ayudaban a las tareas cotidianas del Olimpo.

— ¿Son objetos animados?

— Hefesto forjó veinte trípodes que adosaría a las paredes de su morada sólida. Y los había provisto de áureas ruedas para que por sí solos fuesen a la asamblea divina y de igual manera regresasen.

Trípodes mágicos. Homero también es precursor de la ciencia-ficción.

Cuando Patroclo va al combate lo hace con las armas de Aquiles. Al morir a manos de Héctor, éste se queda con la armadura. Aquiles desea enfrentarse a él, pero ya no tiene su broncea vestimenta. De modo que Tetis sube al Olimpo a suplicarle a Hefesto que fabrique unas nuevas armas. El dios lo hace encantado. “¡Plugiera a los dioses que cuando el destino se apodere de él pudiese yo salvar a tu hijo de la muerte lamentable con la misma facilidad con que voy a darle hermosas armas que admirarán a las humanas multitudes!”, le dice.

Y cumple su palabra. Arrastrando su cojera, volvió “al lugar en que sus fuelles se encontraban, los acercó de nuevo al fuego, ordenándoles que trabajasen. Y los fuelles esparcieron su soplo en veinte hornos, con violencia unas veces y con lentitud otras, según la voluntad de Hefesto, para llevar a cabo su obra. Y echó al fuego el duro bronce, y el estaño, y el precioso oro, y la plata. Y sobre un tronco puso un enorme yunque, y empuñó en una mano el pesado martillo y en la otra las tenazas. Y fabricó ante todo un escudo grande y sólido, con adornos variados, triple franja reluciente y correa de plata. Y puso cinco planchas al escudo.

Y esculpió en él una porción de figuras imaginarias con mucha inteligencia”. El escudo de Aquiles es la obra maestra del taller automático de Hefesto. Su descripción, que ocupa cuatro páginas del libro, constituye uno de los “pequeños mundos” dentro del poema y ha pasado a la historia por su riqueza de imágenes. Aquella inmensa fragua estaba dotada de vida propia, y todo funcionaba sin que nadie estuviera al cargo. Los estrambóticos aparatos cruzaban de vez en cuando, bisbiseando metalosidades, por la sala. El tratamiento que dispensa Homero a Hefesto no resulta tan cruel como nos puede parecer en apariencia. Cierto que hace reír con su deformidad; sus inventos y trabajos tienen siempre algo cómico. Pero al mismo tiempo ejerce de orfebre sensible y preciosista. Su morada “fue construida por el Cojo con sus propias manos, y estaba tachonada de estrellas y era la admiración de los mismos dioses”. En sus miniaturas retrata imágenes del mundo real, y parece una deidad pacifista, afable, poco partidaria de la confrontación.

Hefesto es también la mejor demostración de que el tratamiento de los dioses en *La Ilíada* responde a una voluntad literaria, no mitológica ni mucho menos teológica. Los antiguos se equivocaron a veces tomándose demasiado en serio las palabras de Homero.

\*

...